

Cárdeno el horizonte se entreabria  
Y, una tras otra, mil generaciones  
Allá asomar en confusión veía.

Con su larga cadena de aficciones  
Atravesaban todas, vomitando  
Contra su mismo padre imprecaciones.

La vista entonces á Jesus tornando,  
Que en la cruz yace ensangrentado y frío,  
Hiérese Adam el pecho así clamando:  
“¡Piedad del pecador! ¡Piedad, Dios mio!”

1849.

CÁNTICO DE EVA  
**AL PIÉ DE LA CRUZ.**

(KLOPSTOK.)

A mi amigo el Sr. D. Tomás Ruiseco.

Cerca la cruz del Redentor del mundo  
El pueblo en agitada muchedumbre,  
Y la region de la celeste lumbre  
Por el Calvario el serafin dejó.  
Mas nadie iguala en su dolor á Eva  
Salida del sepulcro do yacía:  
Su frente humilla hasta la tierra fría,  
Tumba que á su linaje recibió.

La que su frente al despertar ciñera  
De la inmortalidad blanca aureola,  
Desaparece ante el dolor que hirióla  
Contemplando la muerte de su Dios.  
Al traves de las sombras del sepulero  
Por ella largos siglos habitado,  
Recuerda su memoria lo pasado,  
Y á Cristo clama en lastimera voz:

“Tú á quien mi corazon llamó su hijo,  
 ¿Me atreveré este nombre á darte ahora?  
 Fija en mí tu mirada protectora  
 Que el hielo de la muerte va á extinguir.  
 ¿No eres mi Redentor? Gozóse el cielo  
 Cuando perdon tu voz me prometia;  
 Mas al mirar su precio en este día  
 Quiero tornar al polvo en que dormí.

“Deja que lllore ante la cruz: indigna  
 De tu gloria es la ofrenda de mi llanto:  
 De mi flaqueza apiádate y quebranto,  
 Dios de misericordia, Dios de amor.  
 Vosotros ¡ay! á perecer nacidos,  
 No me acuseis ya mas; por vuestra suerte  
 Hundida en el dolor me halló la muerte,  
 Y hasta en la tumba el corazon gimió.

“Borra la ley de destruccion la sangre  
 Del Dios que espira en afrentoso leño;  
 Despertaréis del funerario sueño,  
 Y en los brazos será de su piedad.  
 Mas ¡ay! muere el Señor cuya grandeza  
 Decir humano idioma no podria:  
 Se agita en el terror de la agonía  
 Que amarga y lenta demudó su faz.

“Crece su palidez: de sus heridas  
 La sangre corre aún; pero su aliento  
 Es ya estertor... ¡Y en tu postrer momento  
 Tu mirada postrera es para mí!

Cantad mi dicha, arcángeles del cielo;  
 Decid que el Redentor en esta hora  
 Echó sobre la madre pecadora  
 De compasion una mirada al fin!

“Baña mi corazon la dulce calma  
 De la inmortalidad: los ojos fijos  
 En el Criador, bendeciré á mis hijos  
 A nombre del que así nos rescató;  
 Del que lleno de gloria ha de juzgarnos,  
 Y al inclinar su frente oscurecida  
 Por el tormento, de la eterna vida  
 Las celestiales puertas nos abrió.”

## LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

Duerme en el lecho del sepulcro helado  
 El cuerpo de Jesus, y, en tanto, velan  
 Al fulgor de la estrella matutina  
 Mal despierto el soldado;  
 Con ojo perspicaz y receloso  
 El escriba que teme la divina  
 Resurreccion del Cristo. De repente  
 La tierra se estremece; del sepulcro  
 Salta la losa que el cadáver cubre,  
 Y en el polvo la frente  
 Quedan los guardas, y su vista luego  
 Atónita descubre  
 Angel de vestidura reluciente  
 En la piedra sentado;  
 Y con terror sombrío  
 El abierto sepulcro ven vacío.

El Salvador en tanto  
 A las hijas llegó de Galilea,  
 Que por él derramaban tierno llanto.  
 Ellas le vieron, y Jesus las dice:  
 "La paz del cielo con vosotras sea."

1856.

## LA ASCENSION DEL SEÑOR.

¡Así tu grey abandonada dejas  
 Y, envuelta en blanca nube,  
 Sin escuchar nuestras sentidas quejas,  
 Tu augusta forma hasta los cielos sube?  
 Allí está la Judea:  
 Vibra en los aires el sonoro acento  
 De tu predicacion: allí está el lago  
 Cuyas terribles olas aplacaste:  
 En el Calvario cálida gotea  
 Sangre preciosa que, clavado á un leño,  
 Por el culpable mundo derramaste  
 Y ha de caer sobre la raza hebrea:  
 De la tumba saliste cual de un sueño,  
 ¡Y tan presto, Señor, nos abandonas?  
 ¡Oh si el alma pudiera, desatando  
 Las fuertes ligaduras  
 Con que en la tierra tú nos aprisionas,  
 Seguirte en vuelo blando  
 Del alto cielo á las regiones puras!

1856.

## LA CRUZ.

A mi amado padre el Sr. D. José María Rodríguez Roa

Ecce Lignum Crucis in quo salus  
mundi pependit.

## I.

El tiempo retrocede en su carrera,  
Y mis ojos contemplan la colina  
Donde orgullosa, en su beldad primera,  
La gran Jerusalem se alza y domina.

No dispersos sus hijos todavía  
Del vasto mundo por las varias sendas,  
Dan vida y lustre á la ciudad natía;  
Llevan al templo santo sus ofrendas.

¡Raza infeliz, empero, que obcecada  
Desconoció la luz; cerró el oído  
A la palabra de Jesus sagrada,  
Y dió muerte afrentosa al Escogido!

Ved el Gólgota allí: su ámbito llena  
La gente de Israel en muchedumbre,  
Al contemplar su perdicion, serena:  
La Cruz del Redentor se alza en la cumbre.

¡Porqué asentaron impíos  
Sobre tus sienes divinas  
Esa corona de espinas,  
Rey del cielo, Hijo de Dios?  
¡Manos y piés te clavaron  
Viles gusanos del suelo,  
Cuando la tierra y el cielo  
Se estremecen á tu voz!

Calman tu sed con vinagre  
Cuando la mar has creado;  
Y brota de tu costado  
Como el zumo de la vid  
Sangre que al mortal redime,  
Cuando este insensato esclama:  
"Sálvese si es, cual se llama,  
El Dios, hijo de David."

¡Qué les hiciste, Dios mio?  
¡Su cólera provocaste  
Cuando á sus padres llevaste  
A tierra de bendicion;  
O acaso cuando les diste  
Paso al traves del Mar Rojo  
Haciendo sentir tu enojo  
Al terrible Faraon?

¡O acaso cuando tu diestra  
Soberana dia por dia  
En el desierto esparcia  
El saludable maná;

O cuando la roca heriste  
 Con tu poderosa vara  
 Porque tu pueblo abrevara  
 Su sed en limpio raudal?

¡Dios quebrantador del yugo  
 Del pecado y de la muerte;  
 Tú á quien llaman Santo y Fuerte,  
 Tú á quien llaman Inmortal,  
 A tus verdugos perdona,  
 Perdona al pueblo deícida!  
 ¡Fuente de amor sin medida,  
 Ten de los hombres piedad!

## II.

Los cielos se alegraron; el ángel himno tierno  
 Cantó, del alba hermosa á la primera luz;  
 Y rotas para siempre sus armas vió el infierno  
 Cuando se alzó brillante, cual signo sempiterno  
 De libertad y vida, el árbol de la Cruz.

A nuestros padres quita las ásperas prisiones  
 Y ofrece á los vivientes el bálsamo de fé;  
 Y acuden á su sombra los pueblos y naciones,  
 Y acuden los guerreros, y humillan sus pendones,  
 Y el triste y el mendigo se amparan á su pié.

Su base está en la tierra feliz que en su agonía  
 Con su bendita sangre regaba el Redentor;  
 Su cima toca al cielo; del Norte al Mediodía  
 Sus brazos nos protegen; su luz al hombre guía;  
 El cielo es su promesa, su ley es el amor.

Cayeron á su influjo los ídolos de Oriente  
 Y contra sí la fuerza su maza quebrantó;  
 Y alzáronse los templos cristianos de Occidente,  
 Y desde allí sus aguas en límpida corriente  
 Sobre la tierra estéril la ciencia desató.

No mas el hombre pudo ser de los hombres dueño,  
 Lanzóle la Justicia del solio del poder;  
 No vieron los esclavos del mayoral el ceño;  
 Cayeron los serrallos y de su largo sueño,  
 Cual Eva libre y pura, despierta la mujer.

Y fué cedida al hombre cual prenda de consuelo,  
 Cual flor de casto aroma, delicia del hogar,  
 A fin de que comparta su dicha y su desvelo  
 Y enfrene sus pasiones y con amante anhelo  
 Sus párpados le cierre piadosa al espirar;

Y ponga de sus hijos en la ánima sencilla,—  
 Tela sin mancha alguna, terreno virginal,—  
 De amor y de virtudes vivifica semilla  
 Que, convertida en fruto, mas tarde hermosa brilla  
 En las terrestres sendas del reino celestial.

Así cuando la sangre de un Dios regó la tierra,  
 Del vicio y las tinieblas al mundo rescató:  
 De paz símbolo santo que al hondo abismo aterra,  
 Brilló la Cruz, y, libre de fratricida guerra,  
 A sus destinos altos el mundo caminó.

## III.

Signo de redención de los humanos,  
 Como en el Monte Líbano alto cedro,  
 Se alza sobre la silla de San Pedro  
 A proteger la sociedad, la Cruz:  
 Guía en su marcha lenta á las naciones,  
 Inspira sus virtudes á los reyes;  
 Dá la observancia de sus sábias leyes  
 Vida á los muertos y á los ciegos luz.

Ella dió la victoria á Constantino:  
 A su pié se humillaba Godofredo;  
 Ella trazó con invisible dedo  
 La ley que Carlo Magno al pueblo dió:  
 Puesta en las manos santas del pontífice,  
 Cuando del Norte helado se desploma  
 La hueste de los bárbaros, á Roma  
 Del azote de Atila libertó.

Suele tal vez el insensato orgullo  
 Que en el sagrado Olimpo movió guerra,  
 De la divina Cruz acá en la tierra  
 La firmísima base golpear;  
 Pero la Cruz sobre los siglos vive,  
 Como la dura y escarpada roca  
 Cuya cima inmortal apenas toca  
 La espuma de las olas de la mar.

¡Luz de la sociedad, faro del hombre!  
 Eres en las borrascas de la vida  
 La nube luminosa y bendecida  
 Que acompañó á los hijos de Israel.  
 Eres aquel maná que providente  
 Dió el Señor á su pueblo en el desierto;  
 Venero de aguas puras, siempre abierto  
 Para templar del pecador la sed.

Sin tu yugo de amor ¡qué fuera el mundo?  
 Tornara á su barbarie primitiva:  
 Del hombre audaz la inteligencia altiva  
 De nuevo sumergiérale en el mal:  
 Los vínculos que tiene fueran rotos  
 Y, cumplidos sus años pasajeros,  
 No hallara de la muerte en los linderos  
 De tus santas promesas la verdad.

Brilla sobre mi patria, Cruz divina;  
 Consérvale la fe de sus mayores,  
 Dale la paz y calma sus dolores  
 Y piadosa encamínala á su bien;  
 Y dame, pues te amé desde la infancia,  
 Que, cuando hubieren muerto mis sentidos,  
 Tus protectores brazos estendidos  
 Sobre mi humilde sepultura estén!

## EN LA DECLARACION DOGMATICA

DE LA

## INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

A mi amada madre la Sra. D.<sup>ca</sup> Maria Concepcion Barcena de Roa.

"Tota pulchra est amica mea, et  
macula non est in te."

"Toda eres hermosa, amiga mia, y  
mancilla no hay en tí."

CANTAR DE LOS CANTARES, CAP. IV, V. 7.

## I.

La ciudad de los Césares altiva,  
La que, á orillas del Tíber asentada,  
Recuerda su grandeza primitiva  
Y que tuvo á la tierra encadenada,  
El tibio sol del paganismo esquiva  
Y á grandeza mayor es elevada:  
Derrumbóse en su seno el capitolio  
Y alzó la religion su augusto solio.

Vénse en el horizonte todavía  
Las colinas y el circo del pagano;  
Pero nadie convoca á guerra impía,  
O cierra el templo aterrador de Jano.  
Las águilas indómitas que un día  
Símbolo fueron del valor romano,  
Ceden el puesto en el pendon latino  
A la sagrada cruz de Constantino.

Roma nació para reinar: guerrera,  
Tuvo al mundo á sus piés; hoy es la roca  
Do una fábrica está imperecedera,  
Do la impiedad se estrella en furia loca.  
Al visitarla, de lejana era  
Ilustres sombras el viajero evoca,  
Y tornan á alentar Rómulo adusto,  
Virgilio el grande, el inmortal Augusto.

La ciudad de los cielos escogida  
Fija del universo las miradas,  
Y alto misterio á esclarecer convida  
A quienes rigen greyes apartadas.  
Disponen los pastores su partida  
Y atraviesan regiones dilatadas:  
Con el sagrado báculo en la mano,  
Llegan, uno tras otro, al Vaticano.

Arde en sus pechos el amor que enciende  
La Reina de los ángeles, María:  
La voz que de sus labios se desprende  
Llena está de verdad y melodía:

Todo cristiano á su discurso atiende  
Del Septentrion helado al Mediodía,  
Y al eco de su voz tembló el profundo,  
Cantó el querub, regocijóse el mundo.

“La que fué por el cielo destinada  
A salvar nuestra raza maldecida  
Por la culpa de Adam, inmaculada  
Fué en el materno seno concebida:  
Manantial de agua fresca y regalada  
Que al desdichado pecador convida  
Y que al Dios de los cielos alimenta,  
Del cieno terrenal estuvo exenta.”

Dijo la voz en la ciudad eterna  
Y en sus tumbas los mártires la oyeron,  
Y del perpetuo olvido á la caverna  
Las sombras de los Césares huyeron:  
Música celestial suspira tierna;  
Los ángeles en coro aparecieron  
En el zenit de la ciudad cristiana  
Cantando por el aire “hosana, hosana.”

## II.

Madre del Redentor, doncella pura  
De la alta estirpe de David nacida,  
Tu inmaculada Concepcion fulgura  
En la tierra y el cielo sin medida;

Hoy va á regocijar allá en la altura  
A los que gozan de la eterna vida  
Porque tu dulce nombre confesaron  
Y, al bajar al sepulcro, en tí esperaron.

Tu amor en nuestros pechos, ya en la infancia  
Nuestros piadosos padres encendieron:  
Que eras Rosa de mística fragancia  
Y Vaso de pureza nos dijeron:  
Tu imágen, puesta en la paterna estancia,  
Desde la cuna nuestros ojos vieron,  
Y nuestros labios, torpes todavía,  
Pronunciaban ya el nombre de MARÍA.

Del enfermo salud, del pobre amparo,  
Del afligido pecador consuelo,  
Eres, Señora, bendecido faro  
Que á los mortales todos llama al cielo:  
Jamás se estingue tu fulgor preclaro  
Entre las sombras del mundano duelo,  
Y eres al infeliz que á verte alcanza,  
Símbolo de piedad y de esperanza.

Te aman el niño y la doncella pura,  
Y la virtud sostienes de la esposa:  
Viertes en el hogar calma y dulzura  
Y á la familia toda haces dichosa:  
El rústico, del bosque en la espesura,  
Reza á tu antigua imágen milagrosa,  
Y el marino te invoca en la tormenta  
Sobre el leño que frágil le sustenta.



Tú el corazón ablandas del guerrero  
 Y ablandas del esclavo las cadenas;  
 Bajas á visitar al prisionero  
 Para alentarle y mitigar sus penas:  
 Al que, en remotos climas extranjero,  
 Horas consume á la esperanza ajenas,  
 En sueños el recuerdo tú le envías  
 De sus serenos infantiles días.

Reina del cielo, tu favor concedes  
 Al que en la tierra del dolor se agita,  
 Y en su ayuda te llama y las mercedes  
 De tu misericordia solicita:  
 Ante el trono de Dios tierna intercedes  
 Por la criatura que su enojo escita,  
 Y la piedad que tu semblante muestra  
 Apaga el rayo en la divina diestra.

Tu culto á esta region hermosa, un día  
 Trajo el audaz conquistador hispano:  
 Tu favor á la guerra le seguía  
 Y templos en la paz te alzó su mano:  
 De nuestra religion no comprendía  
 Altos misterios el inculto indiano;  
 Pero tu imagen apacible amaba;  
 Por ella al seno de la Iglesia entraba.

Con palabras de amor el misionero  
 Por desiertos inmensos se adelanta,  
 Y le circunda luego un pueblo entero  
 Y él de la cruz en medio el árbol planta;

Y, mostrando tu rostro placentero,  
 Esclama allí con elocuencia santa:  
 "Tras la noche de aciaga idolatría  
 La estrella asome que precede al día."

Los antiguos idólatras te amaron,  
 Y, en lugar de las víctimas humanas  
 Que á sus terribles dioses inmolaron,  
 Sus corazones candorosos ganas:  
 Vencido y vencedor á tí clamaron  
 Postrados á tus plantas soberanas,  
 Y su amor hácia tí, su odio destierra,  
 Brilló la paz y se estinguió la guerra;

Y unidos ellos, su esperanza pía  
 Cifraron de tu amor en los raudales,  
 Invocaron tu nombre día por día  
 Y alivio en él hallaron á sus males.  
 Su celo por tu culto construía  
 Templos humildes, régias catedrales,  
 Y allí, los ojos en tu rostro fijos,  
 Su devocion legaron á sus hijos.

Cuando de libertad llegóse el día  
 Que en altos hechos anotó la historia,  
 Tu imagen santa en el pendon lucía  
 Que nos condujo al campo de la gloria.  
 Valor á los guerreros infundía:  
 Tú distes á tu pueblo la victoria,  
 Y al quebrantar su yugo, digno y bravo,  
 Tu hijo llamóse y se juró tu esclavo.

## III.

Toca Abril á su fin: el campo hermoso  
Esmalta con sus flores Primavera:  
Brilla en mitad del cielo, luminoso  
El sol y en nuestros lagos reverbera.  
Jóven enamorada que al esposo,  
Tras larga ausencia, con afan espera,  
Para agradarle mas, no se atavía  
Cual la brillante México este dia.

Cubren su piso el azahar, la rosa,  
Visten sus edificios las cortinas,  
Y hacen oír en música armoniosa  
Las campanas sus notas argentinas:  
La multitud discurre bulliciosa,  
Y, en alas de las brisas vespertinas,  
Asciende á la region del cielo en tanto  
Un himno religioso, un himno santo.

Es que la voz que resonó elocuente  
De Roma en la basílica sagrada,  
A los hijos del Nuevo Continente  
Hoy anuncia una nueva deseada.—  
Ese pueblo que sigue reverente  
Tu bellísima imágen, Madre amada,  
Lleva en los rostros su alegría impresa:  
Tu CONCEPCION PURÍSIMA confiesa,

De mi patria constante protectora,  
Hoy que pruebas de amor recibes della,  
Disipa el malestar que la devora,  
Sé de su porvenir la blanca estrella:  
Consérvale su fe, noble Señora;  
De discordia civil borra la huella,  
Y haz que se den, sin el puñal las manos,  
El ósculo de paz nuestros hermanos.

Vierta salud tu celestial aliento  
En el aire vital que nos rodea;  
Que no falte á los pobres alimento  
Ni en la ciudad, ni en la apartada aldea;  
Que la inmortal memoria del tormento  
Que ante la cruz sufriste, asilo sea  
En los crudos pesares que prolijos  
Sobre la tierra asaltan á tus hijos.

El corazon del pecador conmueve  
Y hazle que de sus vicios deje el cieno;  
Ablanda su dureza, cual la nieve  
El sol deshace al asomar sereno:  
Desarma el brazo de asesino aleve  
Y prolonga los dias del hombre bueno:  
Guarda el pudor de la doncella tierna  
Y da acierto y constancia al que gobierna.

Y si las notas de mi humilde canto  
Pueden llegar desde el mundano suelo  
Hasta las gradas de tu alcázar santo,  
Virgen Madre de Dios, Reina del cielo,

A quien te consagró cariño tanto,  
 Para premiar su fervoroso anhelo  
 Allá en tu corte le recibe un día.  
 ¡Ay! ¡Sálvanos á todos, Madre mía!

1855.

## MAGNÍFICAT.

¡Gloria al Dios de los cielos, al Dios bueno  
 Que en esta sierva su mirada puso!  
 A la luz de sus altas maravillas  
 Mi dicha brillará de gente en gente,  
 Y su misericordia soberana  
 A las almas piadosas y sencillas  
 Ha de servir de apoyo eternamente.  
 ¡Glorifica á tu Dios, familia humana!  
 Su brazo poderoso,  
 Como rayo que abate el cedro altivo  
 Del Líbano eminente,  
 Desarmó al orgulloso,  
 Le hizo en el polvo sepultar la frente;  
 Rompió los duros hierros del cautivo,  
 Rompió el arca cerrada del avaro,  
 Y al que es pobre en el suelo  
 Dióle perpetuo amparo  
 Y destinóle por herencia el cielo.  
 Cumpliendo las promesas  
 Que hizo en favor del hombre  
 A nuestros padres míseros un día,  
 Salvó á Israel y enalteció su nombre;  
 ¡Gloria al Señor! ¡Alégrate alma mía!

1856.